



UN  
DESAFÍO  
PARA LA  
SEÑORITA  
CULIER



MARIAM ORAZAL



MINSTREL VALLEY

*¿Es posible cambiar las primeras impresiones? ¿Puede el amor ilusionar un alma destrozada? Una modesta profesora de escuela empeñada en curar a un hombre marcado por la tragedia. ¿Será él capaz de darse cuenta a tiempo de la oportunidad que le brinda la vida?*

Nada podría haberles preparado para el amor. Nadie les dijo tampoco que fuera tan difícil alcanzarlo.

Cuando Melinda Culier conoce a Robert, decide emprender toda una cruzada para sacar a ese hombre hosco y malhumorado de las garras de un pasado traumático, con la esperanza de que su alegre humor y su infinita paciencia le consigan un lugar en el corazón del nuevo capataz de la finca Bissop.

Las heridas de Robert Fenton van más allá de la piel. No quiere saber nada de la alegre profesora de literatura que despierta en él viejos anhelos que había jurado enterrar para siempre. Pero no contaba con lo testaruda que ella podía llegar a ser ni con la incontrolable pasión que iba a despertar en su interior.

Cuando todo está perdido, cuando el dolor esté a punto de vencer a la esperanza... ¿Será capaz Robert de admitir que Melinda ha tocado algo más que su corazón?

## Índice de contenido

Cubierta

Un desafío para la señorita Culier

Introducción a Minstrel Valley

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*Minstrel Valley* es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

### Reglas de etiqueta de la señorita Sherman

«Las damas de Minstrel House no son flores delicadas, sino mujeres instruidas y capaces. Nuestras damas no afectarán ninguna clase de timidez infantil, ni conversarán solo en susurros, ni se moverán lentamente, inválidas. Tampoco se enseñará aquí a fingir desmayos ni episodios lacrimógenos».

## Prólogo

*Noviembre de 1838.  
Condado de Oxford*

Podía reconocer perfectamente a un timador cuando lo tenía enfrente. Robert Fenton extendió de nuevo el montón de libras hacia el hombre enjuto y de mirada aviesa que se encontraba al otro lado de la mesa.

—No es suficiente.

—Vamos, Fenton, tú sabes que esa cochambre no vale más de lo que te ofrezco.

Una ira lenta y gélida recorrió su espina dorsal. Tal vez solo fuese una edificación ruinoso, pero parte de la vivienda se conservaba en buen estado. Además, el terreno contaba con alrededor de dieciséis acres de buena tierra para la labranza. No era, sin embargo, el menoscabo de la propiedad lo que lo ofendía hasta hacerle hervir la sangre, sino el uso de aquel término tan despectivo para referirse al lugar que había sido toda su vida. Su hogar. Su patrimonio. Su buen nombre y el de su padre.

Una cosa era desistir de rescatar el negocio, y otra muy distinta, permitir que una alimaña usurera y soberbia como lo era aquel tipo se quedase con lo que a Robert le había costado tanto levantar, por la mitad del valor que tenía.

—Si no te interesa, ahí está la puerta, Edworth. No he sido yo el que ha buscado comprador.

El tipo, que era uno de los ganaderos más pudientes de la zona, torció el gesto y fingió pensarlo por unos segundos. Robert odiaba aquellas situaciones. No le gustaba tener que regatear con nadie y jamás había sido bueno para discutir el precio de las cosas.

—Yo lo que sé es que hace dos años que aquello se prendió fuego, y hasta ahora nadie se ha interesado por comprártelo. Tan provechoso no será el terreno cuando nadie lo ha querido.

Tuvo que morderse la lengua para no soltar algún impropio. Le importaba un jasje si la operación se cerraba o no, pero prefería mil veces que le arrancaran las uñas de manos y pies que demostrar algún tipo de emoción ante ese hombre.

—No he querido venderlo hasta ahora —se limitó a decir.

Aunque hubiese sido una estupidez aferrarse a un lugar que no le inspiraba más que malos recuerdos, Robert se había dejado guiar durante mucho tiempo por el orgullo y el rencor. Se había empeñado en salir adelante sin necesidad de desprenderse de su patrimonio, demostrándole a todo el que quisiera mirar que era capaz de recomponerse y volver a ser el hombre acomodado en el que se había llegado a convertir.

Ya no se engañaba con semejantes fanfarrias ni les concedía tanto valor a las opiniones ajenas. No necesitaba el dinero; las cosas empezaban a irle medianamente bien, y tal vez por eso había dejado de tener aquella necesidad de probar a todos su valía.

—Mira, Fenton, puedo subir cien libras más —concedió su interlocutor como si le estuviera perdonando la vida—, pero yo que tú dejaría de apretar. No estoy dispuesto a financiar tu salida del hoyo. La tierra vale lo que vale.

La sonrisa que se dibujó en la cara de Robert fue tan dura y llena de desprecio que borró de un plumazo la expresión confiada de su interlocutor.



—La tierra también sirve para enterrar alimañas, Edworth. Vuelve a hablarme en ese tono y sabrás lo profundo que está el hoyo. —Se levantó de la silla que ocupaba en la taberna y le obsequió una mirada ominosa—. Antes que permitir que te la quedes, le prendo fuego al pasto. Hemos acabado.

—Pero...

Salió de allí con paso firme y sin prestar atención a los balbuceos que llegaban desde la mesa. Si Edworth pensaba que iba a quedarse allí sentado escuchando cómo lo insultaba, se había equivocado de cabo a rabo. Eran pocos los que cometían el error de confundir su actitud prudente y reservada con alguna suerte de necedad, pero al parecer era lo que acababa de ocurrir. Lo habían tomado por tonto.

Apartó a un lado el asunto y se dirigió hacia su casa. La de su madre, en realidad. Había vuelto a residir con ella hacía cosa de dos años. El tiempo más largo de su vida.

Cuando alcanzó el patio trasero, pues había evitado la zona de más tránsito del pueblo, le sorprendió encontrar un lujoso carruaje aparcado a pocos metros de la puerta principal. No era habitual ver ese tipo de vehículos en Halt Brooden Court.

Se detuvo junto a la cerca y estuvo tentado de ir a inspeccionarlo, pero supuso que se enteraría de igual modo de quién era la visita si entraba en casa.

El hogar de los Fenton era exactamente como *lady Valery Bissop* lo recordaba. Había una gran sala con una pequeña cocina adosada, una mesa de comedor y una zona de estar junto a la chimenea. Los muebles habían cambiado, pero la distribución era la misma, solo que ahora lucía un aspecto mejorado, más elegante, menos humilde.

Ocho años.

Toda una eternidad sin pisar aquel suelo de grava fina, sin recorrer los senderos que dibujaban el paisaje del ex-

tenso bosque de Halt Brooden Court.

—No sabe la alegría que me da volver a verla, señora Fenton —confesó—. Está usted tan hermosa como la recordaba.

Era una mujer regordeta y muy pequeñita, aunque bella. Tenía un rostro de facciones suaves y armónicas, unos llamativos ojos azules y cabello castaño, algo desteñido por las canas.

—Bobadas, *milady*. —Rio ella, encantada—. No soy más que una vieja buena para nada.

—Eso no es cierto —insistió con vehemencia mientras buscaba el acuerdo de su marido, que la había acompañado en ese importante día. Este asintió y ella continuó—. Está usted tal y como la recordaba. ¿Cómo están todos? ¿Dónde están el señor Fenton, y Sarah y Bobby?

Hasta ahí había aguantado sus intentos por ser sutil y contener el ansia por encontrar respuestas. No había esperado en absoluto una calurosa recibida en aquella casa, habida cuenta de que nadie había contestado sus cartas durante el último año. Sin embargo, era lo que había encontrado.

—Oh, querida, el señor Fenton nos abandonó hace muchos años.

—Lo lamento muchísimo, señora Fenton. —Reforzó sus palabras acercándose hasta ella y tomándola de las manos.

—Tuvo una caída muy grave poco después de que usted se fuera, ¿sabe? Aquel matasanos de Golding no atendió a mi Homer como debía, y una infección se lo llevó en el invierno del veintinueve.

—No puedo creer que ya no esté —musitó con nostalgia—. Cuántas cosas me he perdido, ¿verdad? ¿Y Bobby? ¿Se casó? ¿Sigue viviendo en Halt Brooden Court?

Él era el motivo esencial de aquella visita. Valery se había preguntado durante mucho tiempo qué habría sido de su mejor amigo de la infancia. Las respuestas no tardarían en llegar.

—Pues verá, *milady*...

—Veo que la vida no te ha tratado mal —interrumpió una voz sañuda desde la puerta que daba al patio posterior.

Valery se giró sobresaltada.

—Bobby —murmuró.

El sombrero de ala ancha apenas le permitía adivinar la expresión del hombre que se hallaba en la penumbra de la cocina, pero el cuerpo era muy similar a como lo recordaba; alto y fuerte, con unos brazos morenos y nervudos. La mandíbula cuadrada enmarcaba unos labios finos de tan apretados, que enseguida se abrieron de nuevo para obséquiarle una bienvenida de lo más inesperada.

—No sabía que tenía invitados para comer, madre. Creo que prefiero un estofado en la taberna. Mándeme un aviso cuando se haya retirado la visita.

Con esa agria intervención, se dio media vuelta y volvió a salir al patio. Valery se llevó las manos al pecho. El rencor que destilaba aquella voz se le había clavado como cientos de agujas. Dunhcan Bissop, su esposo, se acercó hasta ella y le puso una mano sobre el hombro.

—No le haga caso, *milady* —terció Claudia Fenton—. Si conozco a mi Robert, no se moverá del patio en toda la tarde. Odia el estofado de la taberna.

—Pensé que... Pensé que se alegraría de verme —musitó.

—Tranquila, querida —le contestó Dunhcan—. No tenemos por qué quedarnos si no quieres.

—Pero quiero quedarme, Dunhcan. Deseo saber por qué no ha respondido a ninguna de mis cartas.

—Déjelo un rato a solas, *milady* —suplicó la señora Fenton con ademán avergonzando—. Necesitará calmarse y, como le he dicho, no va a marcharse a ningún sitio. Vengan. Siéntense un momento, les pondré un tazón de caldo que acabo de preparar.

Después de servirles, se sentó frente a ella. La señora inspiró hondo y fijó la mirada en sus manos unidas sobre la mesa.

—Robert no es el chico que era, *milady*. La vida... no lo ha tratado demasiado bien. Siempre fue un muchacho alegre, ya lo conocía. Incluso cuando murió mi Homer, que Dios lo ampare, él se comportó como el gran hombre en el que todos esperábamos que se convirtiera. Se hizo cargo del taller de ceras de su padre y lo convirtió en un negocio más próspero de lo que hubiéramos podido soñar. Se casó con una joven hermosa y de buen corazón. Él y Regina se fueron a vivir a las afueras y abrió una nueva fábrica. Más grande. El negocio no hacía más que crecer. Quiso comprarme otra casa más lujosa, ¿saben? Pero estas paredes están llenas de recuerdos —añadió mirando con nostalgia a su alrededor—, y yo no podría haberme marchado de aquí.

—Su casa es hermosa, señora Fenton.

—Como le iba diciendo, le fue francamente bien. Conseguió que las ceras de su padre se vendieran por toda Inglaterra...

—¡Ceras Fenton! —interrumpió Dunhcan como si acabara de descubrir algo importante—. Vaya, las he usado durante muchos años. Entonces... ¿fue su fábrica la que se quemó?

La señora asintió con pesar mientras ella digería la noticia.

—Fue una tragedia. Regina... —Alzó los ojos hacia ellos—. Falleció en ese incendio. La casa estaba adosada al taller de ceras.

—Pobre Bobby —musitó.

—No solo tuvimos que lidiar con la muerte de mi nuera, sino que el incendio lo devoró todo. Perdimos el negocio, y Robert tuvo que trabajar de cualquier cosa para poder liquidar todas las deudas.

Estuvieron en silencio un largo instante. Valery no tenía palabras para consolar a aquella gente. Lamentaba sus ca-

lamidades, pero aquello no justificaba el hecho de que no hubiesen querido tener contacto con ella. Había pasado ocho años fuera, huyendo de un tutor ambicioso y malvado que había querido arrebatarse su herencia y hasta su vida. ¿No se habían preguntado qué le había ocurrido?

—Todo esto que me cuenta es horrible, señora Fenton. Imagino que Bobby debió sufrir lo indecible, pero... no logro entender cómo ha cambiado tanto. ¿Por qué parecía estar enfadado conmigo?

—Está enfadado con el mundo, querida. Después del incendio se volvió huraño, callado. Tiene algo por dentro que lo devora. Creo que se culpa por no haber podido salvar a Regina de las llamas, pero no sabría decirle; no le gusta comentar lo que pasó.

—Creo que debería ir a hablar con él —anunció, poniéndose en pie.

—Disculpe la pregunta, señora Fenton —terció Dunhcan—, pero... ¿considera seguro que mi esposa vaya sola a ver a su hijo en este momento?

—Oh, por supuesto —concluyó al instante—. Es un chico malhumorado y necio, pero jamás ha dado una voz más alta que otra. Es inofensivo.

Robert la vio salir por la puerta del patio trasero y concentró la vista en el trabajo de sus manos. Se había retirado junto al pesebre donde bebían las vacas, buscando un poco de calma. Trabajar en cosas mecánicas siempre conseguía distraerlo, de modo que siguió afilando sus gubias contra la piedra instalada en el caballete a medida que ella se acercaba.

—Así que... recibiste mis cartas —lo acusó cuando llegó hasta donde el hombre se encontraba.

—Las quemé —concretó él sin abandonar su labor.

—¿No querías saber qué había sido de mí? ¿Por qué me había marchado?

Robert alzó los ojos grises hacia ella y la observó con fingido desdén. Tanto su expresión como su postura debían denotar lo poco que le importaba todo. Llevaba demasiado tiempo metido en aquella piel como para que no resultara natural.

Se veía tan bonita como la recordaba. Sus mejillas estaban más llenas y su aspecto en general parecía mostrar que había disfrutado de una buena vida. Al contrario que él; los años le habían pasado factura a Robert Fenton. La dura realidad se había encargado de trocar al niño vivaracho e intrépido que ella había conocido en un hombre amargado y huraño. Pudo leer la decepción en aquellos óvalos castaños.

Sin decir una sola palabra, volvió a sus gubias y sopló sobre la piedra para eliminar el residuo que había generado el afilado.

—Estoy aquí, Bobby, ¿es que ni siquiera vas a preguntarme...?

—Nadie me llama así —la interrumpió.

—¿Qué? —preguntó contrariada.

—Que todo el mundo me llama Robert.

Dejó de gustarle cuando su nombre vino acompañado de aquel tono compasivo que todos empezaron a usar después del incendio. Odiaba la piedad, incluso aunque viniera de su propia familia.

—Está bien —transigió ella—, Robert. He venido hasta aquí para contarte...

—No me interesa —volvió a interrumpir.

En un rincón bastante marginal de su cerebro, sabía que estaba siendo arbitrario y cruel, pero era una costumbre tan arraigada que no supo, ni quiso, suavizarla.

Para su sorpresa, la elegante dama se acercó en un par de zancadas y le hizo alzar la cabeza con un semblante lleno de decisión. Su expresión mutó de inmediato cuando se detuvo a observar sus cicatrices. Una viga ardiendo le había caído sobre la cara y sobre el hombro. La línea blan-

quecina le ocupaba gran parte de la mejilla derecha; desde la sien hasta la comisura de la boca. Le sonrió con desprecio por aquella curiosidad, aunque le sorprendió comprobar que ella no mostraba desagrado ni tampoco morbo. Por el contrario, le ofreció una mirada muy seria y le alzó un poco más la barbilla.

—Apenas tengo un indicio de lo dura que ha sido tu vida. No sé qué amarguras te corroen por dentro. Pero sí te puedo asegurar una cosa, Robert Fenton, yo no soy responsable de ninguna de ellas. No tienes ningún derecho a tratarme de este modo.

En los dos años que venía durando su particular batalla contra el mundo, nadie se había atrevido a reprocharle nada. Nadie le había hablado con tamaña osadía y firmeza. Tuvo que apartar la vista para ocultar su sorpresa y su admiración. Se levantó, llevó las gubias hasta un cajón que había junto al abrevadero y sacó otras nuevas. Volvió a su asiento en la bala de paja y se quedó parado junto a ella hasta que se apartó. De nuevo volvió a sentarse y comenzó a afilar ese nuevo juego de herramientas.

—¿No quieres escucharme? —inquirió ella, cada vez más irritada.

—Cualquier mujer más inteligente ya lo habría comprendido.

Le supieron mal aquellas palabras nada más pronunciarlas. Quizá se le estaba yendo la mano. Una cosa era ignorarla cuando se limitaba a mandar cartas, pero teniéndola delante, le estaba costando mantener la fachada de indiferencia. Robert empujó aquel sentimiento de añoranza que quiso emerger en su mente y se obligó a permanecer inmune a la tristeza que empezaba a dibujarse en aquel rostro bondadoso y otrora risueño de la que había sido su única amiga.

—¿Cómo has podido guardarme tanto rencor?

—Ni siquiera me acordaba de ti hasta que te he visto en el comedor de mi casa —mintió con un tono impasible, de-